

2 Enrique Suárez Figaredo. *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda.*  
3 *Que trata de quien fuese el verdadero autor del falso Quixote. Añádese*  
4 *su vida, y obras.* Barcelona: Ediciones Carena, 2004. 390 pp. ISBN:  
5 84-88944-20-9.

6 No sé si habrá historiadores futuros interesados en los presentes historia-  
7 dores de la literatura española. Si los hubiere, es probable que miren con  
8 asombro la repentina voluntad de buscar padres para libros expósitos que  
9 atesta nuestras bibliografías. De esos prohijamientos, no es el menor el de  
10 Lázaro de Tormes, al que, en pocos años, le han salido tres padres: nada  
11 menos que Alfonso de Valdés, Juan Luis Vives y Cervantes de Salazar. Pudie-  
12 ria ser que alguno de ellos resucitase para sólo declamar aquel romance en  
13 que Quevedo sacudíase un hijo pegadizo: "Yo, el menor padre de todos / los  
14 que hicieron ese niño...."

15 El escurridizo Alonso Fernández de Avellaneda no iba a ser menos. Des-  
16pués de casi cuatro siglos, sabemos de él lo mismo que de Jack el Destripador:  
17 su apodo y sus aviesas intenciones. Y es que el tal Avellaneda no se contentó  
18 con hacerle la barba a Cervantes, tuvo también que hacérsela a hurtadillas,  
19 para tortura y gusto de los historiadores modernos. De ahí que la desconoci-  
20 da identidad del autor del otro *Quijote* haya pasado de comidilla literaria del  
21 Madrid áureo a motivo de sesuda indagación, con el frecuente olvido, eso sí,  
22 de la obra misma. A la extensísima nómina de sabuesos avellanedescos, se  
23 han sumado en los últimos años José Luis Pérez López, con un notable artícu-  
24 lo en que propone la candidatura de Baltasar Eliseo de Medinilla,<sup>1</sup> y Alfonso  
25 Martín Jiménez, con nuevos argumentos que avalan la antigua tesis de Mar-  
26 tín de Riquer.<sup>2</sup> En la misma dirección, Helena Percas de Ponseti publicó,

---

1 <sup>1</sup> "Lope, Medinilla, Cervantes y Avellaneda," *Criticón* 86 (2002): 41–71.

2 <sup>2</sup> *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte. Una imitación recíproca.*

Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2001. [Nota del ed.: Está en  
prensa en esta misma revista el artículo de Martín Jiménez, "Cervantes sabía que

1 recientemente y en esta misma revista, una extensa reseña en la que asegura-  
2 ba desde el título que el “misterio” estaba “dilucidado,” pues “Pasamonte fue  
3 Avellaneda,” y que el de Martín Jiménez era “un libro maestro de investiga-  
4 ción psiquiátrico-analítico, llevado a cabo con la perspicacia y precisión del  
5 detective” (127).<sup>3</sup>

6 Viene ahora a ampliar este registro de investigaciones recientes Enrique  
7 Suárez Figaredo, que presenta como padre para el apócrifo a Cristóbal Suá-  
8 rez de Figueroa. Lo cierto es que el autor de *La constante Amarilis* ya había  
9 salido antes a la palestra. Las inquisiciones de Enrique Espín Rodrigo al res-  
10 pecto las adelantó el padre Florencio Álvarez Díez en un artículo publicado  
11 en 1990 en la revista *Murgetana*,<sup>4</sup> y, tres años más tarde, salieron como libro las  
12 mismas notas de Espín, ordenadas por Matilde E. Navarro Martínez y costea-  
13 das por su viuda, doña Carmen Ayala.<sup>5</sup> En un *Post scriptum* de su libro, Suá-  
14 rez Figaredo confiesa haber leído el artículo del padre Álvarez con posteriori-  
15 dad a la elaboración de su propuesta y no menciona la publicación de Espín  
16 Rodrigo.

17 El título del libro alude a un antecedente, tan desastrado como divertido,  
18 en los intentos de identificación de Avellaneda: las *Memorias maravillosas de*  
19 *Cervantes. El crimen de Avellaneda* de Atanasio Rivero (Madrid: Biblioteca His-  
20 pana, 1916), que mereció el ataque simultáneo de Rodríguez Marín, Blanca  
21 de los Ríos y Miguel de Unamuno. Como todos los estudios de este género,  
22 *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda* tiene una primera parte que se  
23 ocupa en desmontar las tesis anteriores y una segunda en la que se defiende  
24 al nuevo candidato. Se añade aquí una tercera parte con fragmentos de *El*  
25 *pasajero* de Suárez de Figueroa, algunas piezas del *Quijote* avellanedesco, una  
26 “Bio-bibliografía de Cristóbal Suárez de Figueroa” y una tabla de “Textos re-  
27 lacionados con la autoría del *Quijote* de Avellaneda.”

28 Bajo el título de “Estado de la cuestión y teorías sobre la identidad de  
29 Avellaneda,” la primera parte trata, sin un orden determinado, de las justas  
30 zaragozanas de 1614, en las que se menciona “la verdadera y segunda parte  
31 del ingenioso don Quijote de la Mancha,” de la impresión del libro apócrifo,  
32 de la condición clerical de Avellaneda, de su léxico, de su identificación con  
33 Jerónimo de Pasamonte y de otros “sinónimos voluntarios.” Aquí y allá en-

1 Pasamonte era Avellaneda: la *Vida* de Pasamonte, el *Quijote* apócrifo y ‘El colo-  
2 quio de los perros.’”]

1 <sup>3</sup> “Un misterio dilucidado: Pasamonte fue Avellaneda,” *Cervantes* 22.1 (2002):  
2 127–54. 6 de junio de 2004 <<http://www.h-net.org/~cervantes/csa/bcsas02.htm>>.

1 <sup>4</sup> “El *Quijote* apócrifo, obra de Cristóbal Suárez de Figueroa,” *Murgetana* 81  
2 (1990): 23–42.

1 <sup>5</sup> *El Quijote de Avellaneda fue obra del Doctor Christoval [sic] Suárez de Figueroa.*  
2 Ed. Matilde E. Navarro Martínez. Lorca: s.e., 1993.

1 cuenta ocasión don Enrique Suárez Figaredo para poner en solfa a otros  
2 investigadores interesados en el asunto, como Francisco Vindel, del que cen-  
3 sura su "celérico análisis tipográfico" del *Quijote* de Avellaneda (32), Serrá  
4 Vilaró o Narciso Alonso Cortés, que, según él, "eluden el análisis en profun-  
5 didad del léxico de Avellaneda" (32) o, sobre todo, Martín de Riquer y su tesis  
6 pasamontina. Y aunque se cita el libro de Alfonso Martín Jiménez en la pági-  
7 na 387, en ningún momento se abre diálogo con él, ni con la reseña antes  
8 mencionada de doña Helena Percas.

9 El método que se sigue en el libro—y no se entienda esto como crítica—  
10 dista de ser científico o académico. Se reproducen con demasiada frecuencia  
11 extensos textos ya editados con anterioridad, casi nunca se menciona la fuen-  
12 te bibliográfica de esos textos, como tampoco se facilitan las referencias de las  
13 citas de otros autores. En realidad, lo que parece presentarse como gran baza  
14 metodológica del libro es la búsqueda informática de lo que el autor llama  
15 "tics" lingüísticos de Avellaneda. Suárez Figaredo los cataloga, los enumera  
16 y los compara numéricamente con su presencia en otros textos del Siglo de  
17 Oro, a saber, *Don Quijote*, *Persiles* y *Sigismunda* y las *Novelas ejemplares* de  
18 Cervantes, *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, *La pícara Justina* de López  
19 de Úbeda, *Los cigarrales de Toledo* de Tirso de Molina, *La peregrinación sabia* y  
20 *El sagaz Estacio de Salas Barbadillo*, *El buscón* de Quevedo y *El bachiller Trapaza*  
21 de Castillo Solórzano. Todo queda resumido en unas muy vistosas tablas, que  
22 sirven de complemento informático a la candidatura de Suárez de Figueroa.

23 En medio de todo eso, hay ocasión para defender literariamente el libro  
24 de Avellaneda, del que asegura, en comparación con el de Cervantes, que  
25 está escrito "sin incurrir en un solo fallo de memoria" y "redactado a paso  
26 tirado, con fluidez, sin incurrir en dudas ni parones" (63 y 69). Más allá de esa  
27 concepción romántica de la escritura que presenta a un Avellaneda iniciando  
28 la composición por el primer folio y terminando por el último, parecen excusar-  
29 sarse la falta de planificación de buena parte de la trama, el desentendimien-  
30 to del tiempo narrativo y hasta errores tan "cervantinos" como el extraño  
31 recorrido de don Álvaro Tarfe, que sale de Granada y anuncia su vuelta a  
32 Córdoba. Por no hablar del frecuente desalíño estilístico de Alonso Fernán-  
33 dez de Avellaneda. Hasta los impresores del *Quijote* tarraconense aparecen  
34 ennoblecidos, como responsables de un volumen hecho "con el mismo esmero  
35 que cualquier otro libro de principios del s. XVII: una linda Portada, su  
36 Tabla índice, las preceptivas Aprobación y Licencia... No es una chapuza, no  
37 le falta nada de lo exigible a un libro que vaya a comercializarse" (55). Parece  
38 que se obvia que la obra salió sin licencia civil y sólo con la autorización del  
39 arzobispado de Tarragona, y que no llevaba testimonio de erratas, a pesar de  
40 que, sólo en el folio y medio del prólogo, se registran seis, y algunas conside-  
41 rables, como *sinomomos* por *sinónimos* o *Arcanas* por *Arcadias*. Eso sin hablar  
42 del descuido y la cantidad de errores que se acumularon en numerosos folios

1 del libro definitivo. No se ha sustraído el autor al gusto—tan avellanedesco—  
2 de los anagramas y hasta propone uno nuevo: “También nos extraña que del  
3 título *Le Bagatele*, libro del que se habla en el Cap. DQ-II-62 nadie haya extraí-  
4 do ‘El ba[stardo] Ga[brief] Te[I]le[z]’” (24), que me pasó desapercibido tantas  
5 veces como he leído y leo el pasaje. Incluso una propuesta atractiva y plausi-  
6 ble, como la identificación de Vicente de la Rosa con el poeta y músico Vicen-  
7 te Espinel (127), choca con el escollo de que, en la *princeps*, el apellido se alter-  
8 na con “de la Roca.”

9 La segunda parte del libro defiende la identificación de Cristóbal Suárez  
10 de Figueroa como Alonso Fernández de Avellaneda sobre la base de la coinci-  
11 dencia en los mencionados “tics” lingüísticos, que se detallan con profusión  
12 y con tablas informáticas. Pero cuando se llega al móvil, asunto imprescindi-  
13 ble en esta suerte de tramas criminales, Suárez Figaredo confiesa no haber  
14 podido “detectar en DQ-I el *sinónomo* [sic] *voluntario* que apunte a Figueroa”  
15 (195). Tampoco encuentra la razón para tanto odio. A todo eso hay que aña-  
16 dir lo referido a Lope de Vega: unas veces se pasa de puntillas sobre el asun-  
17 to y otras se interpretan los elogios a Lope como ironías, para excusar la de-  
18 fensa que de él hace el segundo *Quijote*. Recuérdese que el único nombre que  
19 expresamente citó Avellaneda fue el de Lope, furúnculo entonces del glúteo  
20 cervantino, al que el apócrifo copió, defendió y veneró hasta el sahumerio. El  
21 problema es que, como el mismo autor reconoce, “Figueroa no era más lopis-  
22 ta que Cervantes” (193). Ante tantas dudas, la conclusión tiene que ser nece-  
23 sariamente elusiva: “¿Actuó solo Figueroa? ¿Alguien le daba ideas, le reía la  
24 gracia, le revisaba lo escrito? ¿Fue suya la iniciativa? ¿Fue sólo el pistolero  
25 que aceptó un encargo que en lo personal no le desagradaba? Sí, aún quedan  
26 incógnitas, pero parece que ahora sí estamos cerca, muy cerca de desenmas-  
27 carar a Avellaneda” (212).

28 La labor emprendida por el autor ha sido enorme para tales conclusio-  
29 nes. Aun así, Enrique Suárez Figaredo, director de la colección Clásicos Care-  
30 na, anuncia en la última página del libro tres nuevas entregas: “El *Quijote* ‘de  
31 Avellaneda’ de Suárez de Figueroa,” “El *pasajero*, de Cristóbal Suárez de Fi-  
32 gueroa” y una “Edición comentada del *Quijote* de Cervantes, de Suárez Figa-  
33 redo” (390). Bien venidas sean en nombre de Plinio.

34 En fin, este *Cervantes, Figueroa y el crimen de Avellaneda*, como otros de su  
35 género, resulta un libro curioso y fácil de leer. Como ocurre con algunas de  
36 estas obras, uno se deja llevar con gusto por los vericuetos de la argumenta-  
37 ción y, por un momento, les da crédito. Por mi parte, Dios me libre de afir-  
38 mar que don Cristóbal Suárez de Figueroa no fue el atravesado Alonso Fer-  
39 nández de Avellaneda. Ni don Jerónimo de Pasamonte. Ni el mismo Lope.  
40 No lo sé. No es la primera, ni será la última vez que se indague en ese peque-  
41 ño misterio literario. Otros lo han hecho a lo largo de siglos y, en su momen-  
42 to, consideraron sus argumentos igualmente firmes e incontestables. Yo tam-

1 bién me cuento entre aquellos "que se cansan en saber y averiguar cosas que,  
2 después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento  
3 ni a la memoria" (*Don Quijote* II, 22). Quizás algún día aparecerá un manus-  
4 crito que nos desvele si fue Suárez de Figueroa, Pasamonte o el mayordomo  
5 el autor de este criminal *Quijote* todavía de Avellaneda. O acaso no.

6 Luis Gómez Canseco  
7 Departamento de Filología Española  
8 Universidad de Huelva  
9 Avda Fuerzas Armadas s/n  
10 21007 Huelva  
11 canseco@uhu.es